



EL CASTILLO DE ANGERS.

El castillo de Angers es uno de los edificios mas singulares de todos los del mismo género que se conservan al oeste de la Francia. Su aspecto participa un tanto de monótono y regular que causa la mirada; sin embargo, tiene su carácter especial, y, con este título, merece ser visitado por los viajeros.

No sabríamos dar una descripción mas exacta, mas completa, ni mas elegante del castillo de Angers, que la que se halla en el libro titulado: *Angers pintoresco*.

Si algunos edificios feudales, como los que dominan amenazadores el Rhin, ó coronan con toda su colección de leyendas, las fragosas márgenes, ofrecen en su aspecto, y especialmente en su posición un golpe de vista mas pintoresco, hay pocos que puedan mejor que el castillo de Angers, presentar este carácter formidable, aquella idea de solidez eterna que es tan perfectamente adecuada á semejante construcción. Aquí, no contento con dar á las murallas una base inmovible, la misma roca ha formado muralla para elevar, cuanto fuese posible la primera hilada de piedras, y contra esta invencible masa es con la que hubieran chocado en vano en otro tiempo los golpes del ariste. Por la parte del río, vetase, en tiempo de san Luis, como hoy día (salvo las ruinas) los palacios de los condes y los escombros esparcidos de las construcciones precedentes. Descendiendo hacia la cadena baja, una de las torres sombrías está unida á un bastión que comunicaba con otro elevado su frente, en la orilla derecha; una cadena cerraba el paso de la Maine entre ambos. Los restos de una escalera que bajaba del castillo á esta obra,

cayeron hace mucho tiempo en un subterráneo que atravesaba al río y salía al campo. Subiendo hacia el sud, se empezaba á contar á la distancia de cien pies próximamente, el ámbito de los fosos; las diez y siete torres macizas que describen un pentágono irregular terminaban en la elevada torre, como hoy día, bajo el nombre de *torre del Diablo, torre del Molino ó del Norte*; su vasto perímetro aumentado aun por el bastion de la puerta de los Campos.

»Cada una de ellas, como esta *torre del Diablo*, de la que ofrecemos el grabado, descollaba á mucha altura sobre la dilatada muralla negra, sirviendo de cortina. Su enorme circunferencia estaba de distancia en distancia, circundada, por decirlo así, de cordones de toba blanca, semejantes á los que ciñen los dos torreones del castillo de Durial. Al Este dos torres idénticas se elevaban con gracia sobre la puerta ogival, dando entrada á la fortaleza; entre ella se bajaba el rastrillo, último de los medios de defensa, y su doble masa parecia querer ocultar bajo su sombra el dilatado brazo del puente levadizo con sus pesadas cadenas.

»Enrique III mandó demoler el castillo de Angers, desde la puerta Toussain hasta el puente Liguy; salvo la torre del norte que se conservó probablemente á merced al molino de viento que descollaba sobre ella, todas fueron demolidas. Felizmente, poco despues otros cuidados sobrevinieron en el momento de demoler la muralla que constituye el cuerpo de la fortaleza, y se suspendió la destrucción.»

EL CLAVEL DE LA VIRGEN.

(Cuento de vieja.)

(Conclusión.)

V.

El clavel de la Virgen.

Era la hora del amanecer de un hermoso día de setiembre, y las campanas del lugar vecino tocaban á fiesta. Solita oyó con júbilo aquellos sonidos que la recordaban pasadas aflicciones, porque el corazón ama sus penas como sus alegrías, que son su propiedad, y se complace en la memoria de unas y otras.

Balió la jóven de entre las ramas, como Venua de las aguas, hermosa y sencillamente vestida de blanco. En su cabeza no llevaba más adorno que el clavel disciplinado; el cual, por una misteriosa influencia, entorpecía de orgullo su cerebro, haciéndola concebir los proyectos más descabellados.—«Voy á transformar las cabezas de todos los mozos del lugar, y á hurtarles de ellos: pensaba en su interior: me llamarán hermosa, y yo me haré la gazmoña, para que mas se enamoren de mis hechizos. Las mozas me tendrán envidia, y cuando sepan quien soy, me halagarán con falsas caricias, para que los comuniquen el secreto de mi hermosura; pero me retró tambien de ellas, y estarán de coraje.»

Con estas malignas intenciones entró Solita en el lugar, cuando la gente se encaminhaba á la iglesia para oír la misa mayor, que se debía cantar solemnemente, por ser el día de la Natividad de la Virgen. Pasó la jóven por delante de la iglesia, y le dió deseo de entrar en ella; pero un mal pensamiento la detuvo, y pasó de largo.—«Está eso muy oscuro, dijo, y no repararian en mí.—En seguida se fué á una de las casas donde solía parar en otro tiempo.

Desde que Solita faltaba del lugar, las gentes se habían hecho lenguas con motivo de su desaparicion repentina: unos decian que se había marchado de cantinera con unos soldados que pasaron por el pueblo, otros aseguraban que se la habían comido los lobos; y no faltaba quien dijese haberla visto volar montada en una escoba tocando un pandero; y algunos, mas cuerdos, opinaban que se había caído en un pozo. Pero una vieja que andaba buscando yerbas en la montaña, la tarde de San Juan, dijo que la había visto cuando se la llevaban los duendes. Prevaleció esta opinion, y todavía, cuando los muchachos eran traviesos ó lorrones, sus madres les decian para intimidarlos:—«¿Qué viene la jorobada!»

Sin embargo, en los últimos dias, grandes novedades habían ocurrido en el pueblo, lo bastante para que se diese al olvido la misteriosa suerte de Solita. El señor del lugar había muerto, y su hijo y sucesor, jóven de veinte años, arrogante mozo y muy galán, quisó visitar sus dominios, y á la sazón se hallaba en el pueblo. Con motivo de su venida hubo danzas públicas para festejarle, repiques de campanas, salvas de trabucos y escopetas, y por dos ó tres noches consecutivas iluminación de candiles y cohetes. El ayuntamiento dió un banquete al señor y otro á los pobres del lugar, y no bailó de mäsars en las casas consistoriales. Con estas cosas, nada tiene de extraño que las gentes se olvidasen de la jorobada.

Pero, ¿qué no sería el asombro de aquellos sencillos habitantes, cuando la hermosa jóven se presentó en las casas que mas había frecuentado en otro tiempo, y dijo á sus conocidos su nombre, llamándolos á todos por el suyo, y dándoles tales señas, que no había medio de dudar de la identidad de su persona. Inútil es decir que nadie la reconocia, y que las mugeres se hacian mil cruces al verla tan hermosa y transformada. Entonces no quedó ninguna duda de que algun espíritu del otro mundo había tenido que ver con Solita, por la cual se la miraba con cierto respeto supersticioso, que mas tenía de miedo que de admiración.

Sin embargo, los mozos comenzaron á mirarla con apetito, y las muchachas con envidia, y Solita que otra cosa no deseaba, se portó mas hueca que no payo real, aunque, con el afán de oscurecerlas á todas, se mezclaba familiarmente con ellas, y así era mayor el calor de su belleza.

Llegó la tarde, y se dispuso, segun costumbre, la rifa del mejor clavel que había nacido de planta; y qué, como cosa rara en una estación tan adelantada, escuchaba la codicia de todas las jóvenes. Los mayordomos de la Virgen paseaban la plaza de la iglesia, publicando en alta voz el precio en que había sido puesto el clavel de la Virgen, y convidando á los mozos á subir la pueta, para que fuese mayor el lucro que resultase para el culto de la Virgen que le había tenido en su altar. Todos los jóvenes que tenían algún dinero sus padres al oído de los mayordomos, y éstos publicaban en seguida el precio del mejor pastel.

En un grupo de las personas principales del lugar se presentaba el arrogante conde de la Rosa, señor de aquellos dominios, sin fijar su atención en la rifa del clavel, sino con una curiosidad indiferente, cuando apareció en la plaza Solita, acompañada de otras jóvenes. Todas las miradas se fijaban en la hermosa criatura, y moviéndose un murmullo general, en el que sólo se distinguían estas palabras:

—La jorobada! la jorobada!

Solita habla desembocado en la plaza en el momento en que el condecito de la Rosa terminaba su paseo vuelto de frente hacia la calle por donde ella venia. Causó al jóven conde tal impresion la hermosura de la prodigiosa doncella, que se quedó parado algunos momentos, sin poder apartar la vista de ella, y cuando recobró su serenidad, preguntó á uno de los que le acompañaban:

—¿Quién es esa jóven? ¿de quién es hija?

Nadie pudo responder á la segunda pregunta, y en cuanto á la primera, sólo se dieron contestaciones ambiguas, pues no era fácil atinar con la solucion del misterio que á la hermosa niña envolvía. Ella por su parte sintió un extraordinario orgullo, al ver que había promovido la admiración de todo el gentío; pero cuando observó las miradas del condecito, sus preguntas y su arrogante apostura, subió el carmin del rubor á sus mejillas, y se turbó, sin comprender la causa de su indecisión.

A este tiempo gritó uno de los mayordomos:—«En tres ducados está el clavel de la Virgen.» ¡Hay quien dá mas?

El jóven conde se acercó al mayordomo y le habló al oído. El mayordomo gritó:—«El clavel de la Virgen está en treinta ducados.» ¿Quién dá mas?

Los mozos del lugar comenzaron unos á remollear y otros á dispersarse, confesándose derrotados. Nadie creia posible que hubiera quien pujase más; pero fué general el asombro, cuando se oyó la voz del mayordomo, que gritaba:—«Hay quien dá cien ducados por el clavel.» ¿Qué se remata!

Fijáronse entonces las miradas en un jóven desconocido, de vulgar apariencia, pero de imponente fisonomía, que miraba el clavel con ojos codiciosos y á la jóven Solita con frísteza. ¿Quién podía ser aquel forastero que á competir se atrevia con el señor del lugar?—Este hizo una seña al mayordomo, el cual proclamó en seguida que el clavel de la Virgen había sido puesto en mil ducados, pero inmediatamente se le acercó el forastero, y á la proposición que le hizo no pudo menos el mayordomo de constatar que necesitaba una garantía.

Sacó el jóven de su bolsillo un riquísimo medallón de oro guarnecido de innumerables diamantes, y lo puso en las manos del mayordomo, quien lleno de asombro, exclamó:—«Dan cien mil ducados por el clavel.»

La gente del pueblo presenciaba con pasmo esta competencia nunca vista. No extrañaban que el conde, por un capricho, arrojase cuantiosas sumas; pero no podian comprender que hubiese un hombre capaz de pujar mas que él. Preguntábase unos á otros si alguien conocía al forastero, de dónde había venido; pero nadie acertaba á dar respuesta.

El conde, irritado de la oposición que se le hacia, se acercó lleno de cólera al mayordomo, y le habló en voz baja:

—¿El clavel es mio! le dije; te va la cabeza si lo das á otro; ¡Pónlo en quinientos mil ducados!

El pobre mayordomo no pudo resistir á los argumentos nochuyentes del conde, y declaró que el clavel de la Virgen quedaba adjudicado al mejor postor, en quinientos mil ducados.

—Hay quien dá mas! gritó una voz en medio del gentío. Pero el mayordomo sostuvo que era ya tarde, y que estaba cerrada la rifa. Levantáronse ruidos contra la parcialidad del mayordomo; pero al ver que éste se acercaba al conde para entregarle el disputado clavel, nadie se atrevió á rebelarse contra su señor.

Casi á un mismo tiempo se dirigieron el conde y el forastero hacia el grupo donde estaba Solita; el primero, con el clavel en la mano, se acercó á ella y le hizo presente de él con suma galantería; el segundo pasó rozando los vestidos de la jóven, y le dijo al oído:—*¡Hasta la queda!*

Solita se turbó al oír estas palabras, y el clavel que acababa de recibir, se le cayó de la mano. El forastero continuó rápidamente su marcha, y el conde gritó á sus servidores:

—¡Seguid á ese hombre!

Pero esta prevención fué inútil, pues á los pocos pasos el forastero había desaparecido, sin que bastasen para dar con él las más minuciosas indagaciones.

Creció con esto el pánico de las gentes, y no faltaba ya quien se atreviese á murmurar, diciendo que aquel forastero era el demonio en figura de jugador; y esta suposición adquirió crédito cuando, acordándose el mayordomo del riquísimo medallón que aquel había dejado en su poder, llevó la mano á su bolsillo y solo sacó de él un puñado de estibones y cenizas, que arrojó lleno de terror. Cambió en

seguía la voz de que la hermosa Solita tenía inteligencias misteriosas con el diablo, y aquella misma noche partieron emisarios secretos á Granada con el objeto de denunciar los hechos referidos al Santo tribunal de la inquisición.

VI.

En enferma imaginaria.

Favorecida Solita con el clavel de la Virgen, á ella le correspondía, según costumbre, el honor de llevar la banderola de la Virgen en la procesion del Rosario, que debía efectuarse en seguida, y presidir el baile que aquella noche deba la cofradía en la plaza, bajo un toldado de ramas verdes. Lo primero tuvo sus inconvenientes, pues las personas mas timoratas del lugar reputaban sacrilegio depositar en manos de una jóven bruja las insignias de la Madre de Dios. Nadie, sin embargo, se atrevió á formular la negativa, por temor de atraerse la cólera del señor conde; pero algunos se acercaron al cura, manifestándole el escrúpulo de sus conciencias; y el venerable pastor reunió en junta al teniente de la parroquia, á otro clérigo de misa y ella, al sacristán y al alcalde, para consultar lo que convenia hacer en tan apurados trances. Todos opinaron que no se debía conceder á Solita el favor que le correspondía de derecho; pero ninguno se creyó con valor suficiente para arrostrar las iras del señor del lugar, y como el tiempo no daba treguas, resolvieron contemporar con las circunstancias, sin perjuicio de hacer despues rogativas públicas en descargo del pecado que cometian. Para no incurrir en las penas del Santo Oficio, se acordó que el señor cura oúcase aquella misma noche al inquisidor provincial refiriéndole el caso y lo que habia sido preciso hacer para evitar mayor escándalo.

No fueron las mozas del lugar tan condescendientes como la sábia junta, pues ninguna quiso encargarse de llevar las borlas del estandarte, y fué menester comisionar al efecto á dos monacillos.

Despues de terminada la fiesta religiosa, comenzó el baile, que presidió Solita en compañía del conde, el cual no se apartaba de su lado. Llevaba la jóven el clavel disciplinado en la cabeza, y el de la rifa en el pecho; y nó se sabe si á causa de la influencia misteriosa de aquellas flores, ó como resultado de las nuevas emociones, la hermosa huérfana sufría una lucha extraña que ella tenia en continuo distracción. —Asaltábanla pensamientos livianos, ideas de vanidad la enloquecian, y al mismo tiempo la modestia le obligaba á bajar los ojos cuando alguien la miraba, y una graciosa timidez la embellecía si el jóven conde la dirigia la palabra. —Bullian en su cabeza proyectos ambiciosos, y temblaba al considerar su pequeñez comparada con la grandeza del señor que la honraba con sus distinciones. En medio de esta lucha, nueva para ella, y que confundia su razon, pasaba por su memoria de cuando en cuando, y como la luz de un relámpago, el recuerdo del Niño de Oro, y entonces se entristecía; pero el ruido de la fiesta, una palabra del conde, un murmullo de admiración ó de envidia producido por su hermosura, devolvian á sus labios la sonrisa, que, ora aparecía cándida y placentera, ora contraía sus mejillas con cierto desden malicioso.

—Distráida os encuentro, hermosa jóven, le dijo el conde en una ocasion; ¿acaso no estais contenta de vuestra suerte, ó vuestro pensamiento divaga lejos de aquí?

—No es nada de eso, contestó Solita; mi suerte no puede mejorarse, pues alcanzo favores que no merecen; y en este instante nada me falta para ser dichosa.

Esto dijo la jóven, y sin embargo se puso triste al decirlo. Repatólo el conde y repuso:

—Quiero creerlo; y si nó sospechase que dais mucho valor á ese clavel disciplinado...

—Este clavel, dijo Solita interrumpiéndole, no vale nada.

—De otro modo lo apreciaría yo si fuéssé yo, contestó el conde.

La jóven se ruborizó, y quitándose el clavel de la cabeza, lo presentó al conde diciendo:

—Clavel por clavel, tomad éste, si os agrada; pero no vale tanto como el vuestro. Tomó el jóven conde la flor, y la colocó sobre su corazón.

—No hay duda, me ama; pensó con alegría Solita; y no bien hubo formulado este pensamiento, cuando se oyó el canto de un cuco sobre la eramada que adornaba la plaza. La jóven sintió un dolor agudo, y se desmayó.

La turbación del cóndeno se puede explicar. La fiesta se descompuso; los criados del jóven señor corrían en todas direcciones, buscando auxilios que prodigar á la hermosa Solita, y no siendo posible restituirla al sentido con los remedios que inmediatamente se le administraron, el conde, informado de que la jóven no tenia casa conocida, dispuso que la condujesen con mucho miramiento á la suya. El médico y el boticario del lugar se colocaron á la cabeza de la hermosa enferma; cuatro mujeres fueron destinadas á su cuidado; se

envió á buscar los médicos de los pueblos cercanos; úzóse cuanto en lo humano cabe para destruir aquel terrible parásito; pero todo fué inútil, y la jóven no volvió en sí, hasta que comenzó á rejar el niño. Entónces abrió los ojos y miró con estralago la tarahunda de gente que la rodeaba, los innumerables pilluelos que habia sobre una mesa, y el aspecto consernado de los servidores del conde.

—¿Qué significa todo esto? dijo; ¿hay aquí alguna enferma? Que me dejen sola.

Los médicos mandaron despejar, y ellos mismos se retiraron, para consultarse, á una estancia inmediata, satisfechos de su ciencia. No dudaban que la jóven sufriría un ataque de hebre, y dieron las órdenes convenientes para esto caso previsto.

Entre tanto, Solita se vistió apresuradamente, abrió una ventana, y al ver la luz del día, se retiró abatida, cayendo consernada en una silla.

—¿Es ya tarde! exclamó. ¿Cómo es que he podido dormirme? ¿Porbre Dios! ¿qué será de él!

Los médicos, desazonados, volvieron á entrar en la habitacion de Solita; la cual con sus razones y mas aun con su normal y tranquilo comportamiento, les probó que estaba buena y sana; y hasta pretendió probarles que nunca habia estado enferma; pero ellos no lo creyeron, aunque esto dió pávula á nuevas conjeturas, y á mayor convencimiento entre el vulgo de que Solita era bruja.

Dispuso el conde nuevas fiestas para las noches siguientes, á fin de obscurar á su amada, puesera mucho el ruido que la habia cobrado, y proyectaba hacerla su esposa; si bien su mayordomo, como hombre de experiencia y rigoroso partidario, que era, de las distinciones tocadas, trabajaba para impedir esta grave determinación, y pretendia trocar el amor de su amo en liviano apetito. —La segunda noche aconteció lo mismo que la primera, con lo cual creció al dia siguiente el desconcierto de la jóven, que tomó la firme resolucion de nó faltar á su palabra dada.

VII.

¿Quien es el pan á pievo ageno....

Llegó la tercera noche y con ella nuevos bailes y diversiones; pero nó tardó el regorizo en convertirse en alarma, cuando al entrar el conde en el aposento de Solita para ofrecerle su brazo, encontró desierta la habitacion. Llamó á sus criadas, y estas le informaron de que la jóven se habia hecho ataviar con sus mejores galas, y adornado con el clavel de la Virgen que conservaba en agua, despues de lo cual habia mandado que la dejaran sola. Inmediatamente se hicieron diligencias para buscarla por toda la casa, donde nó fué encontrada; el conde comenzó á tener celos y estaba inconsolable, motivos ambos por los cuales resolvió perseguir á todo trance á la fugitiva hasta encontrarla, aunque fuese menester remover las entrañas de la tierra. Salieron exploradores por todo el pueblo, con encargo de averiguar con certeza el paradero de Solita, á quien seguirían nosotros, mejor enterados del camino que habia tomado; pero nó sin decir antes que, al poco rato de andar preguntando, volvieron dos de los servidores del conde y le dijeron:

—Señor, varias personas han visto á la hermosa Solita encaminarse hacia el *torren del Diablo*, acompañada del jóven que compitió con Vuescencia en la rifa del clavel, y han observado que ambos iban entretendidos en sabrosa conversacion.

El conde, que tal oyó, dispuso en el acto una batida, para perseguir á su hermosa legada, muy resuelto á matarla con su cómplice, si lograba alcanzarlos; al mismo tiempo que otra compaña de cuadrilleros del Santo Oficio, le seguia la pista á Solita por diferente camino.

La ex-jorohada, entre tanto, pesame de haber engañado involuntariamente al dispensador de su hermosura, habia salido con cautela de la casa de su nuevo amante, para estar, á la hora convenida con el Niño de Oro, al pié de la cascada prodigiosa, y poder corresponder á los favores de que era deudora. —Sola, absolutamente sola se habia internado en la cueca del torrente, sin encontrar á nadie en su camino, y sin embargo, era evidente que la habian visto acompañada del jóven desconocido. El picaro encantado se habia valido seguramente de este ardido, que le permitian sus malignas artes, para conservar la presa que veia próxima á serle arrebatada por el amor del conde.

Cuando llegó la jóven al pié de la cascada, se sentó y aguardó; y al cabo de una hora, vió aparecer un resplandor silencioso y oscilante que á intervalos iluminaba los doblidos de las rocas, por entre cuyo seno corría espumoso el riachuelo.

Este resplandor silencioso llenó de pavor á Solita, pues le volvió los pensamientos de la parte del lugar, y no comprendia la causa. Pasado un rato oyó pisadas de caballos en la arena, cuyo estridente charquido se reproducia pavorosa en los ecos de la montaña, y percibió rumor como de gente que hablaba quedo, por lo cual comenzó á su-

parcar que la andaban buscando, y se aculló como mejor pudo entre los arbustos de la ribera.

Con efecto, el conde y su gente llegaron en breve, exploraron todo el terreno con bastante miedo, y ya fuese por esto, ya por una casualidad providencial, á poco volvieron las espaldas convencidos de que no había nadie en aquel sitio, y de que no era posible pasar adelante. Cambiaron de dirección, y minutos después viéronse ondear sobre la montaña las cabelleras de fuego de las antorchas que llevaban en la mano peones y caballeros, destacándose sobre el fondo negro del cielo, y ofreciendo á la vista perfiles rojizos de hombres y caballos. Este espectáculo fantasmagórico parecía el de una cabalgata de diablos, en medio de la oscuridad de la noche.

Solita temblaba de miedo, mucho mas que cuando se encontró en aquel sitio por la vez primera. El ruido de los caballos retumbaba al pié de las rocas, semejante al rumor de una fragua subterránea; mezclábanse á este sordo estruendo los agudos silbidos con que se citaban los exploradores distantes entre sí; y para hacer mas pavorosa y al mismo tiempo mas estruñta esta escena, comenzó á resonar en los peñascos el eco de las campanadas de la queda, cual si fuesen los lamentos de un enfermo de bronce, al paso que suaves armonías flotaban entre los cristálínos pliegues de la cascada.

Solita sintió á la vez alegría y tristeza, pues por una parte gozaba con la idea de cumplir como agradecida, y por otra deploraba la pérdida de su libertad, y la álgida el recuerdo del conde. Después de un arrobador preludio, lleno de dulce melancolía, se oyó una voz que cantaba:

¡Ay de mí, que confiado,
y esperando gaisardo,
en tierra ingrata he sembrado
la flor de mi corazón!
Fecunda era la semilla,
mas dá por flores abrojos!
por eso no es maravilla
que vieran llantó mis ojos.
¡Pobre corazón mio
llagado sin piedad!
tu antiguo poderio,
¡adonde, adonde está?

Solita reconoció la voz de su antiguo amante, y una lágrima de compasión inundó sus pestañas. Comenzó á temer que no fuese ya reparable su involuntaria infidelidad. La voz entonó otra estrofa:

Esperanzas lisonjeras
humo desprendido son
del fuego que abraza enteras
las alas del corazón:
y la muger es el viento
que activa la roja llama,
arve al humo de alimento
y luego la desparcama,
¡Dulce esperanza mía,
llévete el viento ya!
Virgen de mi alegría,
¡en dónde, en dónde estás?

—¡Aquí, fue como siempre! exclamó Solita sollozando.

Al decir esto, sintió la jóven un frío de hielo sobre su cabeza, llevóse la mano á ella y solo encontró el clavel de la Virgen como causa de aquella sensación, que fue momentánea. El clavel estaba mojado de rocío. Hubiera querido la candida niña reflexionar sobre tan extraño accidente, pero le faltó tiempo; pues levantada en alto por una fuerza invisible, pronto vió cómo las negras rocas se tornaban transparentes, cual si de purísimo aire fuesen hechas, y como su cuerpo ligero las penetraba. A lo lejos descubría la cabalgata del conde, y andando sobre su cabeza unas figuras de hombres vestidos de negro, con sepada en el cinto y largas varillas de autoridad en las manos.

Así entró Solita en el vasto recinto del palacio encantado, en donde fué breve su permanencia; pues sin sospecharlo ella, llevaba consigo un talisman poderoso, que debía deshacer aquel hechizo. Y, con efecto, apenas se apartó por el palacio el aroma del clavel de la Virgen, comenzaron á temblar las diamantinas columnas, deshaciéndose como la sal en el agua, y el terso pavimento á levantarse, como la niebla que de una laguna se alza á los primeros rayos del sol. Mil espiritas invisibles cruzaban el espacio, produciendo con sus alas agudísimos silbidos.

Las delicias mansas convirtiéronse pronto en negro y espeso humo, y únicamente alrededor de Solita lucía una brillante aureola, pareciendo la jóven un delfín en medio del caos. De entre las densas y vertiginosas neblinas, en cuyo profundo seno se oían rumores de terremotos y trallidos como de tea verde que trasta el fuego, boyó

una púbeclita blanca, semejante á una metamorfoseada ninfa, la cual se transformó poco á poco en un arrogante mancebo vestido á usanza morisca: viste lucidas revoloteaban como fuegos fatuas alrededor del hermoso jóven, y se convirtieron luego en otras tantas doncellas de voluptuosas formas; de las cuales doncellas unas sostenían un azafate de flores sobre el que quedó recostada Solita, otras tenían instrumentos armoniosos, otras con vas de incienso revolaban sobre la jóven, arrojándole frescas rosas y jazmines y alguna de ellas, envidiosa de su triunfo, se apoyaba de todo sobre un antepecho de nubes. El hermoso mancebo dabló una tudilla delante de Solita, y la dijo:

—En terminar tu sacrificio, reina de la hermosura, has prestado fin á mi cautiverio, por la sola virtud de ese clavel que ostentas con gallardía. Para ti quise conquistarlo, y me lo arrebató la injusticia; pero en la guerra reconquistarlo, me fué desafortunado, lo ganó para tí; pues por el reconquista á libertad que anhelas, doíte millones de gracias por esta señalado favor, ¡ángel querido, y por la bienaventuranza que me espera te juro que no seré ingrato á tu mismo beneficio.

—¡Infeliz! exclamó Solita con acento inspirado; aguardas la bienaventuranza de tu falso Profeta, mientras creas en la virtud de este clavel, que solo por haber tocado el altar de María, tiene fuerza bastante para deshacer tu encantol ¡Abre los ojos á la luz y sé cristiano!

—Sultana, tus labios derraman la verdad, como los panles la miel, respondió el mozo. Pero dime, te ruego, ¿quién me hará cristiano?

—La gracia de Dios contestó Solita: á incorporándose en el lecho de flores, se quitó el místico clavel que estaba todo el empapado en rocío, hizo la señal de la cruz sobre la cabeza del mancebo, y vertiendo sobre ella las celestiales perlas, bautizó al mozo con nombre de la Virgen.

Desaparecieron en el momento aquel todas las visiones fantásticas y Solita quedó profundamente dormida. Del encantado lecho cristiano con las gotas de rocío de un clavel y por la mano pura de una doncella, solo se percibió en los aires un suspiro de alegría.

En vista de tan inesperados prodigios, el negro Bay diz que se comió á sí mismo de corage, lo cual es muy posible, siendo como era tan envidioso, y de la ventura del Niño echó la culpa al cuco que, en su sentir, no había contado bien los días.

Entre tanto, la cascada y el torrente del Diablo habían cesado de existir. Al penetrar Solita en la montaña, un espantoso terremoto había sacado de sus cimientos los montes y las rocas de la comarca: las aguas del torrente habían subido por los aires, resueltas en una densa cortina de nubes, de cuyo seno embrollado y resquebrajado brotaban llamas opacas y angulosos relámpagos; está nube se deslizo en un destructor pedrizco que arrasó las campiñas, y al amanecer solo quedó en el lugar del torrente una turbia laguna, cuyas hincinuosas y amargas aguas no alimentan á ningún ser viviente. De los cuadrilleros que andaban en busca de Solita nada se supo, y se presume que están sepultados, para escarmiento de pícaros, en el fondo de la laguna.

El furioso vendabal y el gran terremoto que precedieron á la tempestad hicieron que la cabalgata del conde se dispersase, sin que fuera posible que se reuniesen mas los exploradores en toda la noche: los caballos espantados huyeron en direcciones diferentes; cual arrojando al ginete se precipitó en los abismos formados por enormes tajos; cual guiado por su fiel instinto trepó ligero por las breñas y empinadas rocas, sacando milagrosamente á su dueño á punto de asustacion; cual encubriéndose y relinchando de terror fué á estreñarse juntamente con su caballero en el fondo de crecidas barrancos, cuyas aguas arrastraron sus mutilados cuerpos hasta el mar.

El jóven conde permaneció algun tiempo acompañado de dos de sus mas fieles servidores; pero en breve se quedó solo y á la ventura de su fogoso potro; el cual huyendo y con las crines erizadas, mas que mas parecía tener alas: el huracan encubría el ruido de sus pisadas, de las cuales brotaban sin embargo cuádruples menojos de chispas. Solo de cuando en cuando aparecían caballo y caballero sobre las picachos de las altas rocas, destacando su perfil negro, como el de la salamandra en medio del fuego. En el ancho crater de las nubes incendiadas por los rayos.—Luchó cuanto pudo el jóven contra la fatiga; pero rióndose al fin, y casi asustado por la velocidad del aire que le cortaba, perdió el conocimiento y se echó de bruces sobre la silla. Su muerte era segura; pero el generoso bruto, como si conociese el peligro de su dueño, se confino en su carrera, procurando conservar la otra hasta que, reventado, fué á caer á la puerta de una cueva, en la cual dió dos golpes con las manos, cual pidiendo socorro, y espiró en el momento.

Saló de la cueva un anciano pastor, que al ver al caballo muerto y al ginete desmayado, sentió al momento de este, por si podía tot-

tarle á la vida; y quiso la buena estrella del conde que aquel pastor fuera hombre esperto en el conocimiento de yerbas medicinales, con cuyo auxilio y el del agua fresca con que le rocía el rostro y le mojó los pulsos, reanimóse aquel, y pudo comprender lo que le pasaba.

VIII.

Entre paréntesis.

(No sé lo que le irá pareciendo este cuento, lector crédulo; pero cualquiera que sea tu opinión me satisface. Sin embargo, estoy por que pienses bien de él, y para ello quisiera que no echaras nada de menos. Esta consideración me ha detenido, pues ahora recuerdo que le faltan á mi obra dos cosas esenciales: el *Prólogo* y la *Dedicación*. Pero nunca es tarde, si la dicha es buena. El primero puedes hacerla tú á tu gusto, y es el modo de que seas bien servido: por que yo no sirvo para el caso. La segunda si la haré con mil amores... ¿Y á quién dedicaré este *cañón*? ¿A quién!

Á la hermana de la deliciosa *Jarilla*,

Á LA INSPIRADA FORTISA DOÑA CAROLINA CORONADO;

pues aunque no tengo la dicha de conocerla personalmente, congo en que lo aceptará, porque las hermozas nunca desdeñan las flores.)

IX.

La herencia del moro.

La del alba sería cuando se oyó fuera de la cabaña el relincho de un caballo. El condesito que, abrigado en la humilde cama del pastor recobraba sus alientos, al oír aquel relincho no pudo resistir á su impaciencia, y se levantó presuroso, anhelante de saber noticias de sus pobres gentes y de abrazar á alguno de sus compañeros de infortunio. Efectivamente, allí había un caballo, pero sin ginele, y receloso, barruntaba desde lejos al overo muerto del conde.

Acerósele éste y lo montó, resuelto á recorrer las montañas siguiendo á la ventura el fustino del animal, para ver si lograba encontrar á alguno de los suyos; y aunque con lágrimas en los ojos le rogó el pastor que se quedase hasta restablecerse completamente, no cedió de su intento y emprendió su camino antes que la luz de la aurora alumbrase lo bastante para distinguir los objetos.

Transparente y puro estaba el cielo, como suele estarlo despues de una tempestad de verano: la luz del alba bordaba las montañas del Oriente con su blanca y risueña claridad, y un venticuello fresco y apacible parecía regenerar á la tierra maltratada.

El jóven conde caminaba con rumbo incierto; pero con el corazón, aunque triste, lleno de inexplicables esperanzas. Parecíale, sin saber por qué, tener próxima la realización de su felicidad, y la memoria de sus penas presentábasele confusa, y como el recuerdo de fútiles y quiméricos disgustos.

Al doblar la vertiente de una loma, detúvose el caballo y agitó las orejas: metióle espaldas el conde, pero el bruto, aunque dió algunos pasos, volvió á pararse respirando fuerte, y se apartó hacia un lado de la vereda. Tendió la vista el jóven señor y solo vio delante de sí y á su izquierda un ameno sitio, poblado de arbustos aromáticos, de gayombos y zarza-rasas; pero imaginando que entre aquellos arbustos podía estar el objeto que barruntaba su caballo, echó vié á tierra y penetró en los matorrales.

En medio de ellos le aguarda una sorpresa. Tendida sobre el musgo encontró á su adorada Solita, y eroyéndola muerta, dió un grito de dolor y se lanzó hacia ella. Ninguna idea de resentimiento ni de celos atormentó en aquel instante á su corazón generoso. Toear á su amada, cerciorarse de su existencia, socorrerla si aun era tiempo, fué lo único en que pensó. Arrojádolo junto á ella, puso temblando la mano sobre el pecho virginal, y acercó sus labios á los de ella, para percibir los latidos y aspirar el aliento que para él eran la vida ó la muerte. Pronto se incorporó con el semblante risueño, y dando un gélato suspiro, exclamó:

— ¡Vive!

El jóven reparó entonces en un objeto que antes no había visto: era una caja de madera primorosamente labrada, y embudida de oro, concha y nácar, sobre cuya tapa se leían, en letras formadas de metal belloísimo, estas palabras:

ADOTE DE SOLITA.

Esta caja estaba junto á la jóven dormida, la cual tenía pendiente del cuello una cinta con una llave; y presumiendo el conde que sería la de la caja, quiso tomarla sin ser sentido, para enterarse de lo que aquella contenía.

No fué tanta su destreza que, al intentarlo, no despertáse la jóven sobresaltada, y fué grande el asombro de ésta, cuando se vió abscondida en el campo y sola con su noble amante. Pasóse Solita la ma-

no por los ojos, como para cerciorarse de que estaba despierta; mientras que el conde la miraba turbado, vacilando entre opuestos sentimientos. Por una parte se abasaba de amor; pues nunca le había parecido la jóven tan hermosa; por otra renacía en su alma los atormentados celos, y esta pasión cruel predominó en su razón, pues reconviniendo á su amada le dijo:

— Por fin os encuentro! ¿Qué habéis hecho de vuestro amante?

— ¡Ah! ¿sois vos realmente? dijo Solita incorporándose con alegría, como quien sale de una pesadilla: ¿es cierto que estoy en el mundo? ¡Hablad, amigo mío, hablad.

— Vuestro amigo exclamó el conde con amargura; ¿qué significo esto? ¿Dónde se oculta el infame que os acompañaba anoche?

Solita se quedó estupefacta; púsose el dedo índice sobre el labio inferior; y alzando los ojos al cielo se quedó pensativa, y luego dijo:

— Anoche!... ¡Ah! ya recuerdo. Anoche vine sola, hasta la cascada que está allí abajo... Después... No recuerdo nada más.

— ¿Y vististe cargada con este cofre? preguntó el conde, señalando á la caja misteriosa.

— No conozco ese cofre.

— ¿Ni tampoco esa llave?

— ¡Esta llave! Verdad es que tengo aquí una llave. ¿Será la suya?

El Conde no sabía qué pensar de la ignorancia que Solita demostraba de todo cuanto veía. Ella entre tanto probó la llavecita en la cerradura de la caja, á inmediatamente saltó la tapa, dejando á la vista multitud de joyas de inestimable valor. Grande fué la sorpresa del conde al ver aquellas riquezas; pero Solita, por el contrario, dándose una palmada en la frente, exclamó:— ¡Ya lo comprendo todo!

En seguida contó al Conde sus aventuras subterráneas, sus estranos amores con el Niño de Oro, el desencanto de éste por la virtud del clavel de la Virgen, y todo lo demás que ya sabemos. Inútil es decir que el conde puso en duda tan extraña historia, y quiso probar que le convenciesen de su veracidad. Pero no era fácil encontrar estas pruebas.

Examinando las ricas joyas que la caja contenía, vió Solita un pliego cerrado y sellado en medio de ellas. Tomólo con curiosidad, y abriéndolo, se lo entregó al Conde, el cual halló en él escritas estas palabras:

Herencia de *Aben-Mequenun-ven-Chalid-el-Tunant*.

«Lo que á los muertos molesta es alegría y bienestar de los vivos. — Goce con salud, paz y amor estas riquezas Solita, mi salvadora, hija natural de Luisa, marquesa de Flores-Altas, y de...»

Lo restante estaba escrito en caracteres arábigos, de modo que el conde no pudo entenderlo; y era bastante lo que quedaba por descifrar. Otro portento hirió la vista del jóven amante: el clavel de la Virgen se había transformado en otro en la cabeza de Solita: sus hojas eran de topacio rojo, y los nombres de MARIA y SOLITA resaltaban en ellas, formados de pequeños diamantes imitando á gotas de rocío. Con tales pruebas quedó el amante tan satisfecho, que ambos entraron en el lugar aquella misma mañana, montados él en la silla y ella á las ancas del caballo. (Espero la mejor prueba de fidelidad diz que se la dió Solita al conde la noche de novios, aunque no dice la crónica cuál fué esta prueba; pero ello es que vivieron después muchos años en amor y concordia.)

El tesoro, que había quedado oculto en el monte, fué recogido llegada la noche, y al día siguiente el conde y los que habían quedado vivos de sus servidores tomaron el camino de la corte, llevando en su compañía á la hermosa Solita, y un mes despues se celebró el matrimonio de los dos amantes, asistiendo á la boda la marquesa de Flores-Altas, que con sumo regocijo había reconocido á su hija. Hubo muchos bailes, muchos dulces, mucho jolgorio, y yo fui y vine y no probé nada, por culpa de la suegra.

Peró logró robar el pliego misterioso que se encontró en la caja, y en la parte escrita en caracteres arábigos leí: que la marquesa había tenido, cuando soltera, una hija; que la dió á criar á una aldeana del campo de Guadix, pero la abandonó despues completamente, habiendo contraído un enlace ventajoso; que la niña, siéndole gravosa á la aldeana y además inútil por su complexion enfermiza, había sido dejada en aquel lugar á la ventura del cielo, y que habiendo enviado sin hijos la marquesa, lloraba la pérdida de su Solita.

De modo, que el pícaro del moro encantado lo sabía todo, y si hubiera muchos moros encantados y escribieran de cuando en cuando algunas cartas á los vivientes, no habría por esos mundos de Dios tantos niños sin padres conocidos ni tantas madres desconsoladas. Pero, como esto no es muy común, la bondadosa Solita, viéndose rica, noble y considerada, empleó parte de sus riquezas en la fundación de un hospital de espósitos, con destino especial á los niños jorobados—y tolerin colorado, cata aquí el cuento acabado.



PEDRO EL ERMITAÑO.

Pedro el Ermitaño, cuya acción se hizo sentir tan profundamente en el siglo XI, nació en la diócesis de Amiens (hoy departamento de la Somme). Ignórase su apellido; empezó sus estudios en París, siguiólos en Italia, y sirvió en Flandes bajo las órdenes del conde de Boloña. Abandonó después la carrera militar para contraer matrimonio con Ana de Roussi; pero habiéndola perdido, el pesar le hizo renunciar al mundo; retiróse á un desierto, de donde salió poco después para una peregrinación al Santo Sepulcro. La cautividad de Jerusalem y los malos tratamientos para con los peregrinos le traspasaron de dolor. El patriarca Simeon escitó aun esta indignación: volvió Pedro á Italia y se apresuró á arrojarle á los pies del papa Urbano II para suplicarle convocara al pueblo cristiano y libertara al Santo Sepulcro de la esclavitud en que yacía. Urbano recibió á Pedro como á un hombre inspirado del cielo, y lo alentó para que llevara á cabo su misión. «El cenobita, dice M. Michaud mayor en su reseña que de ello hace, atravesó la Italia, pasó los Alpes, recorrió la Francia y la mayor parte de la Europa, inundando en todos los corazones el mismo celo de que estaba devorado. Viajaba montado en un jumento, con un crucifijo en la mano, los pies desnudos, la cabeza descubierta, ceñido su talle con una cuerda gruesa, ataviado de un largo hábito y de una capa ermitaña de la tela mas tosca. Era recibido por todas partes como un enviado del cielo. Juzgábanse los cristianos felices al tocar sus vestidos; el pelo del jumento en que cabalgaba era conservado como una preciosa reliquia. En medio de la agitación general de los ánimos, producida por la elocuencia de Pedro, Urbano II convocó un concilio, en un principio en Plasencia, después en Clermont en Auverña, en el cual el apostol de la guerra santa habló de los ultrajes hechos á la fe de Jesucristo, de las profanaciones y sacrilegios de que había sido testigo, de los tormentos y persecuciones que un pueblo enemigo de Dios y de los hombres hacia sufrir á los que iban á visitar los santos lugares. La vehemencia de sus palabras y el dolor de que parecía penetrado despertaron en todos los corazones la indignación y la piedad.»

Pedro continuó sus predicaciones después del concilio; los hombres se arrojaban á su voz; las mujeres y niños le seguían en tropel; púsose á la cabeza de las cruzadas, y emprendió el camino de Oriente. Este ejército, en número, según se dice, de cien mil hombres, estaba dividido en dos cuerpos: el uno mandado por Gautier (sans avoir) caballero Borgoñon; el otro por Pedro el Ermitaño. Habiendo llegado á Hungría, fueron atacados por todas partes, y el cuerpo que dirigía el cenobita fué destruido en parte. El resto de las cruzadas, reunido con dificultad, llegó á Constantinopla, donde Alexis, emperador griego, les proveyó de bajeles para pasar el Bósforo. Pero las armas, la disciplina y la dirección faltaban en este ejército que fué destruido fácilmente por los musulmanes.

Desde entonces volvió Pedro á ocultarse. Cuando tuvieron lugar las nuevas cruzadas y empezóse la guerra, no ejerció ni parecer influencia alguna en un movimiento que había crecido. Durante el sitio de Antioquia, pareció tambien que desconfiaba del éxito favorable de la empresa, y se escapó del campo. Perseguiósele y se le condujo á viva fuerza. Antes del ataque de Jerusalem pronunció un

discurso ante los cruzados reunidos en el monte Olivete. Habiendo vuelto á Europa, se retiró al lado de Huy, en la diócesis de Lieja, donde fundó un monasterio y murió el 7 de julio del año 1145.

EL DIABLO ALCALDE.

Imitación de nuestros antiguos entremeses. (1)

PERSONAS:

EL VENTERO. EL ALCALDE.
LA VENTERA. VILLANOS.

(Entra el alcalde)

ALCALDE. ¡Ah de la venta! ¡Oh, cómo el sol calienta!
Entrame á descansar. ¡Ah de la venta!

VENTERO (dentro). ¿Quién dá voces?

ALCALDE. ¿Quién nunca las dió en valde.

VENTERO. ¡Oh necio! ¡Por san Gil, que es el alcalde!
(Sale y se echa á los pies del alcalde.)

Los pies á su grandeza besar quiero.

ALCALDE. ¿Soy santo yo?

VENTERO. Es alcalde y yo ventero.

ALCALDE. Un alcalde es un hombre.

VENTERO. ¿Hombre? No es tal, aunque lo diga el nombre.

ALCALDE. ¡Oh rústica inocencia! Traiga vino,
que vengo hecho un Agosto del camino.

VENTERO. ¡Oh qué extraña ventura!

¿Que ha de servir tan baja criatura
á un alcalde? Voy loco de contento. (Vase)

ALCALDE. ¡Pardios, que es el ventero mas jumento
que el que me trujo acá! Pero en justicia
mas hómilde es que aquel, y sin maldad.

(Vuelve á salir el ventero con una enorme tinaja que vendrá empujando cautamente hasta ponerla en medio.)

VENTERO. Ya está aquí el vino.

ALCALDE. Yo me maravillo.

¿Dónde?

VENTERO. En este jarfillo.

ALCALDE. ¿Jarro nombra
á aqese bójon? Eche un cuartillo.

VENTERO. ¿Un cuartillo un alcalde; esto me asombra!
cuando sin pesadumbre
cualquier escribanillo

se remuga la sed con media azumbre?

ALCALDE. Un cuartillo me basta.

VENTERO. Ved que es bueno.

No se bebe en la casa
del rey vino mejor. Siempre que pasa

(1) El autor de este modesto trabajo es su querido amigo P. DE LA COMPAÑIA.

por aquí algún señor, cien cubes lleno para él y sus criados (Dios los guarde), y no sobra una gota.

ALCALDE. Ande, que es tarde y va subiendo el sol.

VENTERO. ¡Quién lo dijera!
¡Queimar en mayo el sol de esta manera!
No ha seis días aun que un aire crudo tronchó aquel roble que se vé descaído allí, y aun no ha tres noches que de frío diz que murió un pastor orilla el río.
¡Y agora se nos viene el señor Mayo con esto! Es una hoguera cada rayo del sol; deje ese asiento y véngase hácia acá, que corre un viento que consuela. Es posible que llueva todavía.

ALCALDE. (ap.) ¡Hay mas terrible ventero! ¡ay de mi triste! ¡he de sofrillo!
¡oh brava lengua dina de un cochillo!
(Alto.) ¿De dónde es este vino? (Bebe.) Me dá gozo.

VENTERO. De Ciudad-Real, señor, lo trae un mozo.

ALCALDE. Bien hizo en alaballo.

VENTERO. ¿Échote otro cuartillo?

ALCALDE. Pues que callo ¿qué duda? échelo luego.
(Echalo el ventero y bebe el alente.)

¿Ya hay estrellas?

VENTERO. Las diez son.

ALCALDE. ¿Ya há doce horas menguadas y traidoras que estoy aquí? Mas qué se me dá de ellas! ¿no soy alcalde yo?

VENTERO. ¿Vá otro cuartillo?

ALCALDE. Vaya, que aun hay adonde recibillo. (Bebe.) ¡Famosa cosa es el vino añejo! Traígame acá un pellejo.

VENTERO. ¿Un pellejo?

ALCALDE. Un pellejo. Dése priesa.

VENTERO. (Ap.) Traeréelo del agua de la fuente que mana entre la espesa yerba del prado aquel que veo en frente.

ALCALDE. Espere; ¿dónde vá?

VENTERO. Voy por el vino.
ALCALDE. ¿Qué vino? asíéntese, que es desatino ir por vino. Si él vino, ¿no es locura salir de aquí á buscalte?

VENTERO. (ap.) ¡Oh sin vultura! borracho está. (Alto.) Eso es llano.

ALCALDE. ¡Pese á mi honor, que me llamó villano!
¡Pardiós! con esta vara he de desalojalle de la cara los ojos. (Cae.)

VENTERO. En el suelo dió consigo ¡lindamente logróse! Empieze agora mi venganza, y con ella su castigo.
¡Ah señora muger! ¡ah mi señora! venid presto.

VENTERA. (dentro). ¡En mi casa estas voces! habrá que poner tasa en el beber á arrieros y estudiantes.
¡Oh mala gente! allá voy yo, bergantes.
¿Mas vos estais aquí, señor marido?
(Sale.)

VENTERO. Mirad ese colchon que os he traído. Mullilde, varealde bien.

VENTERA. ¿Es colchon aqueste? ¡Ah señor alcalde! ¿quién así os puso?

ALCALDE. Un vino mal nacido.

VENTERA. Pues no es moro, señor, que mi marido y yo lo bautizamos cada hora.

VENTERO. ¡Ah señora muger! ¡ah mi señora! deje eso: ¿no decia que la abrazó el alcalde el otro día?

VENTERA. Es cierto.

VENTERO. Y que con pena dijo al partiros vos: ¡qué esa azucena sea muger de un cardo!

delante de Antolín, Tirso y Bernardo?

VENTERA. Es cierto.

VENTERO. ¿Y hasta el valle no os acompañó ayer por esa calle de árboles intrincada, del lugar apartada y de la venta, que se vé allá lejos?

VENTERA. Es cierto.

VENTERO. ¿Y no es verdad que el escribano hoy puso en vuestra mano unos papeles viejos, que la firma traian del alcalde?

VENTERA. Así es.

VENTERO. ¿Y qué os decian de ojos, talle y cabellos?

VENTERA. Ya es sabido.

VENTERO. Dadme un palo, muger.

VENTERA. Tomad, marido.

VENTERO. Cerrad la puerta aquella, que entra viento.

VENTERA. Cerrada está.

VENTERO. (dando al alcalde). ¡Ah ladrón! ¿y mi jumento? ¿Qué hizo de él? ¿asi calla! sus huesos me dirán dónde se halla.

ALCALDE. ¡Ay! ¡ay!

VENTERO. Asnillo mio, ¡quién al mirar tu gentileza y brio hubiera imaginado que un villano ladrón, á quien detesto, vendria hoy á poner en ti la mano? Mas juro á Dios que aquesto le ha de salir al rostro (sin dejar de darle).

ALCALDE. A las espaldas dirá mejor. ¡Oh maldecidas faldas!

¡un mal ceñido abrazo, antes que recibido tornado, esto me cuesta?

VENTERA. ¡Ah falsa lengua! ¡Ah vil picaronazo! ¿de una muger honesta así empaña la honra?... dad, marido.

VENTERO. ¿Cuántos?

VENTERA. Doscientos.

VENTERO. Vayan los doscientos.

VENTERA. ¿Qué vá á hacer?

VENTERO. (dándole). ¡Vos tambien robais jumentos! tomad, endemoniada, echad la cuenta; doscientos me pidió, ya van cincuenta.

VENTERA. Yo lo diré á mi padre.

VENTERO. Ochenta y nueve.

VENTERA. ¿Y á esto un hombre se atreve como vos?

VENTERO. Ciento son.

VENTERA. Señor alcalde,

no os abracé de valde yo, ni en la huerta de Pascual Manzano os di á besar mi mano para esto: ved qué ese hombre me derrienga.

VENTERO. Ciento sesenta y dos.

VENTERA. ¿No hay quien le tenga?

VENTERO. Doscientos.

VILLANOS. (dentro). En la venta es el ruido.
¡Ah señor Gil! decí qué ha sucedido.

(Entran.)

VENTERO. Este hombre me robaba un asno y yo le ví; mas él juraba que el asno le seguia por amor, y probéle que mentia con tan graves razones, que hice en él, sino mella, costurones.

VILLANO 1.º ¿Mas por qué se quejaba voestra muger?

VENTERO. ¡Muger! ¿dónde se hallaba?

VILLANO 1.º Aquí; ¿no la habeis visto?

VENTERO. Ahora mi error advierto, ¡vive Cristo!

Muger del ladronazo la creí con gentil desembarazo ¡ah corazón de peña!

un haz encima la arrojé de leña. Mas yo os pondré, mis ojos, pues que tan ciegos sois, unos antojos

de letrado ú poeta,
que á tanto obliga una conciencia inquieta.

VENTERA. ¡ Oh, qué bien lo ha fingido!
¿ cómo no ven, señores,
que el asno de ese cuento es mi marido?
mas si verán, mirando
que este el alcalde es.

VENTERO. ¿ Hay mas rigore?:
viendo estoy y dudando
lo que veo; no quiero, no, creello;
¡ ay mujercita mia!
alcalde es este como vos camello:
si él fuera el que decís, ¿ así estaría?

VENTERA. Pues ¿ qué es, marido?

VENTERO. Oid: há mas de quince

años que un diablo linee
por dó quiera que voy me vá siguiendo,
unas veces vestido
de fraile, otras en buitre convertido
que de encendida nube está saliendo;
otras en un dragon, ó en una vieja,
que todo se asemeja,
y otras, en fin, en miña melindrosa,
que no es la misma cosa,
pero que mas valiera
que vieja ó dragon fuera;
y este diablo que digo
es tan mi amigo y es tan mi enemigo
que no hay medio que cuente
día sin que le vea y él me tienie.
Al alcalde la vara hurtó sin duda,
traje y figura ruda,
y á tentarme á la venta
se vino; mas erró, por Dios, la cuenta.
Acérquense, que si este fuere el diablo,
él lo dirá.

VILLANO 1.º Yo huyo.

VILLANO 2.º ¡ Guarda, Pablo!

VILLANO 3.º La cruz si se levanta
le he de hacer, que es señal bendita y santa.

VILLANO 4.º Pues yo haciéndola voy.

VILLANO 2.º Yo estaré un dia
haciendo cruces.

VILLANO 4.º Yo un Calvario haria
si tuviera aqui manos.

VILLANO 3.º ¡ Hay tal loco!
¿ manos no tiene?

VILLANO 4.º Téngolas en poco.

VENTERO. Vengan acá. Figura de retabio,
(Al alcalde.)

Dime si eres alcalde ó si eres diablo.
(Le pincha disimuladamente.)

ALCALDE. ¡ Diablo! (revolviéndose).

VILLANO 1.º ¡ Jesús! ¡ Jesús!

VILLANO 2.º Llamen al cura.

VENTERO. No llamen sino en él, que es gran ventura
y ocasion brava aquesta.

VILLANO 3.º Pues hacello
es asir la ocasion por el cabello.

VENTERO. Dénle todos.

(Lo hacen.)

VILLANO 4.º ¡ Pardiós! se ha levantado.

VENTERO. (Poniéndose delante.)

Diablillo enalcaaldado,
¿ dónde vas?

ALCALDE. Al infierno, do os espero.

(Sale corriendo.)

VILLANO 1.º ¡ Vive Dios que el dimonio es caballero
y que mos desaña!

VILLANO 2.º El vá sin tino.
Jurára que no deja en el camino
huella su pié.

VILLANO 3.º Tal corre; no me espanto.

VILLANO 4.º Yo si; mas es de ver que dura tanto
un pícaro entremés.

VENTERO. Pues no se espante,
y para darle fin, conmigo cante.

Cantan: La mujer que uno escoge
no quiera cuatro;
á dama antojadiza
galan de palo.

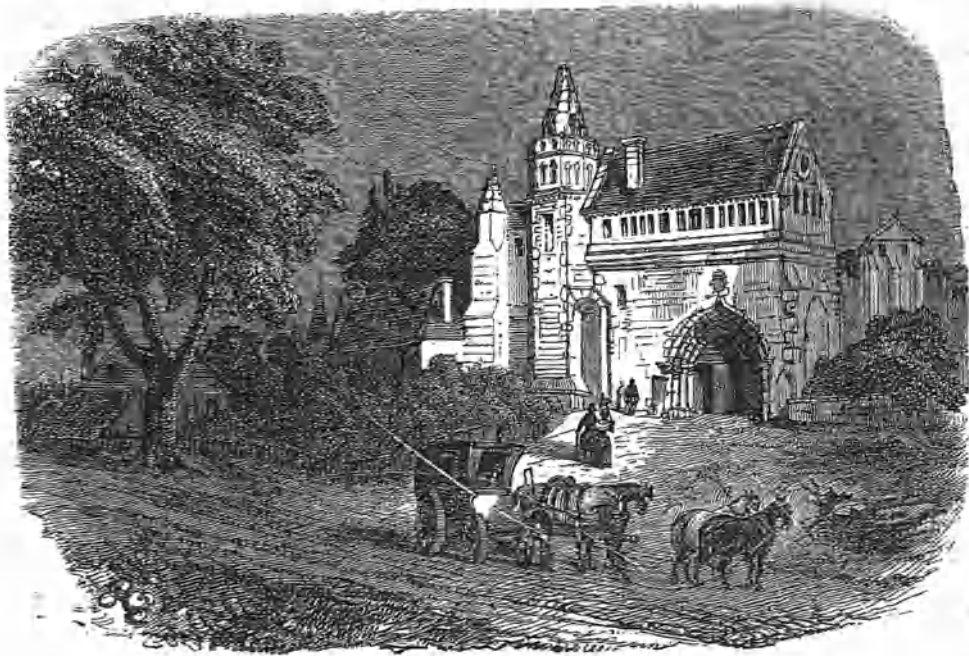
VENTERA, cantando:

Maridito del alma
y señor mio,
la mujer es costilla
de su marido.

VENTERO, cantando:

Mujercita del alma,
señora mia,
todos echan las cargas
á la costilla.

EL BACHILLER SANSON CARRASCO.



(Abadía de Noirmoutiers — Francia.)